

La edad de la ira

POR LUISGÉ MARTÍN

Llevo una vida tan homosexualmente plácida que a veces me olvido de que existe la homofobia. El armario de madera de roble en el que estuve encerrado durante los años de mi juventud se convirtió poco a poco en uno de esos vestidos *fashion* que no tienen puertas y muestran, en estantes perfectamente ordenados, todas sus interioridades sin demasiadas reservas. Nunca hago ostentación de nada, pero tampoco recorro a circunloquios, a evasivas o a silencios para soslayar ante otros que estoy casado con un hombre o que, en mi caso, tira mucho más una sola carreta que dos tetas. Hace años que no he encontrado ningún tipo de rechazo o de desagrado por ello. Como mucho, a veces, he escuchado algún chiste inconveniente sobre maricones que el humorista se ha apresurado a disculpar al enterarse de mis inclinaciones. Por eso he llegado a convencerme de que todo el monte es orégano, de que cualquier tiempo pasado fue sin duda peor y de que desde que los homosexuales podemos casarnos y tener un personaje fijo en las teleseries ya no hay nada que temer.

Pero no es así, evidentemente. El lado oscuro sigue existiendo, y no solo en las aldeas de la España profunda o en las sacristías, sino en el mundo de alrededor. Acabo de leer *La edad de la ira*, una novela recién publicada en la que Fernando J. López habla, con registro de intriga, de la homofobia en los institutos de bachillerato. El autor, además de escritor, es profesor de enseñanzas medias, de modo que todo lo que cuenta tiene el aroma de lo real. Hay violencia, crímenes y enredos sentimentales, pero al fondo de todo, como paisaje que dibuja el horizonte, está la intolerancia que siempre ha impedido a los más débiles vivir con calma.

Los adolescentes, como los niños, son crueles por naturaleza. Necesitan definir su territorio a costa del de los demás. Los espejos y los abismos son sus marcas de pista, las señales por las que van delimitando el rumbo. Los amores y los odios. La admiración y el desprecio. Todo eso tiene que ver con el trazo genético, con la raza, con la condición humana. No va a cambiar nunca. Los cachorros siempre encontrarán reposo en la fuerza y carnaza en la rareza. Siempre adularán al jefe de la manada y se burlarán del solitario. Lo único que podemos cambiar con el tiempo es

cuáles son los méritos que se necesitan para ser jefe y cuáles las razones que obligan a la soledad.

Al leer *La edad de la ira* me preguntaba si yo, que tan valiente soy ahora en estos asuntos, me comportaría con coraje en el que caso de que volviera a ser un adolescente entre adolescentes. Si me atrevería a decir qué chico me gusta, qué actor me excita y de qué estrella de la televisión me he enamorado. Si tendría la audacia suficiente para pelear contra la discriminación y contra la burla, si denunciaría los abusos.

Los tiempos han cambiado, de eso no cabe duda. Hoy al menos hay adolescentes que confiesan su homosexualidad, aunque sea a costa de lágrimas y de torturas. En mi época eso era impensable. Maricones eran los de la pluma, los de la muñeca suelta, los de la voz atiplada. Quienes no tenían esos estigmas disimulaban. Hablaban de mujeres o del Espíritu Santo, pero no se les ocurría mostrarse como eran. Los más osados buscaban el sexo en las catacumbas, pero no se ponían nunca a coquetear con un compañero de pupitre.

Los tiempos han cambiado, pero quizá no tanto como creemos. Hace dos años, el lema del Orgullo fue "Escuelas sin armarios". En la normalización de la homosexualidad, como en todo lo demás, son los colegios y los institutos los que apuntan el futuro. En ellos está la piedra angular sobre la que se sujetará la sociedad que viviremos dentro de unos años. La homofobia de una anciana beata o de un general de la Guardia Civil no deben preocuparnos demasiado, entre otras cosas porque no tienen ya remedio. La de un chaval de dieciséis años, en cambio, debería horrorizarnos. Por eso es tan importante que el espejo en el que ese chaval se mire no lleve sotana ni tenga el aliento fétido.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).